

Mark Twain

MARK TWAIN

Un yanqui en la corte del celuloide

por Juan Antonio Pérez Millán*



Fotograma de Aventuras en el Mississippi, basado en la novela Las aventuras de Huckleberry Finn.

42

CLIJ55

Los textos de Twain más utilizados por el séptimo arte han sido, sin duda, los protagonizados por Tom Sawyer y Huckleberry Finn, que han conocido multitud de versiones desde la época del cine mudo. También El príncipe y el mendigo y Un yanqui en la corte del rey Arturo han sido llevados a la pantalla en numerosas ocasiones. El siguiente artículo propone un recorrido por la filmografía, básicamente norteamericana, basada en Twain que, a pesar de ser abundante, no ha sabido reflejar la mordacidad y el moderado inconformismo que destilan las obras del escritor de Florida.



Retrato de Twain realizado por J.M. Flagg (1900).

MARK TWAIN

MARK TWAIN

La aportación de Mark Twain al cine se asienta sobre cuatro pilares fundamentales: dos personajes individuales, con nombre, apellido y múltiples versiones en su haber —Tom Sawyer y Huckleberry Finn—, y dos títulos concretos también adaptados en numerosas ocasiones: *El príncipe y el mendigo* y *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo...* Ha habido algún que otro relato o figura de Twain llevado también a la pantalla de forma más o menos directa, pero la frecuencia y

prolongar el éxito comercial de algunas películas fabricando secuelas y volviendo una y otra vez sobre títulos de probada eficacia, se añade en este caso el hecho de que el mismo Twain hizo lo propio con los personajes de Tom Sawyer y Huckleberry Finn —inicialmente amigos en *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876), pero protagonistas después de peripecias relativamente independientes en *Las*

do a ser clásicas, amueblando la imaginación de generaciones enteras de espectadores con su particular interpretación de la literatura de Twain.

Twain en Hollywood

De hecho, esos textos de Twain que el cine ha utilizado con más frecuen-



Sobre estas líneas, fotograma de *Un yanqui en la corte del rey Arturo* (1931) de David Butler. A la derecha, dos escenas de *El príncipe y el mendigo* (1937), dirigido por William Keighley y protagonizado por Errol Flynn.

la intensidad con que los citados aparecen en las filmografías —sobre todo, naturalmente, en las norteamericanas— oscurecen sin discusión a los demás y monopolizan, de cara al público, la imagen que de los textos del escritor de Florida (Misuri) ha acuñado el celuloide.

Si a la conocida afición de las grandes productoras cinematográficas a

aventuras de Huckleberry Finn, *el camarada de Tom Sawyer* (1884) o *Tom Sawyer a través del mundo* (1894), e incluso entrecruzadas en *Tom Sawyer detective, contado por Huck Finn* (1897)—, la lista de versiones cinematográficas se extiende y complica extraordinariamente... Recordaremos las más literales, las más conocidas, o las que por un motivo u otro han llega-

cia componen dos ciclos de características muy diferentes, aunque ambos con sobradas razones para interesar a la industria cinematográfica: el primero de ellos estaría integrado por las diversas aventuras de Sawyer y Finn, tendría como marco geográfico la región del Misisipí y, como aliciente fundamental, una visión peculiar del mundo de la infancia... o, más exac-



Will Rogers y William Farnum, de «cowboys» a caballeros medievales en *Un yanqui en la corte del rey Arturo* (1931).

tamente, una visión peculiar del mundo a través de la infancia. El segundo estaría compuesto por *El príncipe y el mendigo* (1881) y *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo* (1889), que podrían inscribirse en un género definido con amplitud como de *reconstrucción histórica*. Estas obras fueron escritas durante algunos de los viajes del autor a Europa y responden, de alguna manera, al interés demostrado por el cine americano en *reinventar* unas épocas que en su propio país no estuvieron suficientemente documentadas o cuyas par-

ticularidades se pierden en la noche de los tiempos...

Otra cosa muy diferente será, naturalmente, que los *géneros* en que han acabado cristalizando las películas extraídas de textos de Twain respondan adecuadamente a las intenciones del autor al escribirlos. Así, mientras numerosos críticos literarios coinciden en afirmar que el escritor empleaba tanto a personajes adolescentes como a supuestos héroes medievales para ejercer a través de ellos su afán satírico y sus inquietudes críticas frente a la sociedad norteameri-

cana en la que le había tocado vivir, el cine cayó muy pronto en la tentación reduccionista de fabricar, a partir de aquéllos, puras y simples películas *para niños*: inocentes aventuras protagonizadas por chiquillos a los que daban vida en la pantalla los niños-prodigio de turno, o que servían para lanzar a la estrella infantil de la temporada, y socorridas e incluso espectaculares cintas de *espadachines*, sin otro atractivo que la acción por sí misma o la exhibición de unos decorados fastuosos, característicos de la época en que Hollywood inundaba las



Murvyn Vye en el papel de Merlín en *Un yanqui en la corte del rey Arturo* (1949) de Tay Garnett.

pantallas de todo el mundo a base de cartón piedra y colorines...

Y todo eso sería, a fin de cuentas, un mal menor frente a las ocasiones en las que el tratamiento cinematográfico dado a los personajes acaba confiriéndoles un sentido diametralmente opuesto al deseado por Twain: Tom Sawyer se convirtió muy pronto en representante simbólico del *amigo ideal* con el que sueñan a cierta edad casi todos los niños del mundo; con Huckleberry Finn y su amigo de color, Jim, se hicieron versiones subrepticamente teñidas de racismo; los protagonistas de *El príncipe y el mendigo* se transformaron con demasiada facilidad en adalides precoces del *estilo de vida americano*; y Hank Martin, el yanqui que visitaba la corte del rey Arturo, aprovechó su salto en el tiempo para impartir también doctrina americana y actuar, de paso, como pionero de tantos personajes de celuloide, cuyo atractivo comercial iba a residir en su fantasiosa habilidad para

corretear desde el presente por el pasado e incluso por el futuro...

Tom y Huck, héroes de la pantalla

Repasemos brevemente la historia de esa interesada *luna de miel* entre la literatura y el cine, a través de los textos de Twain: ya en 1917, Tom Sawyer hizo una primera aparición en la pantalla, con *Las aventuras de Tom Sawyer*, dirigida por William Desmond Taylor e interpretada por Jack Pickford, hermano de la famosa *novia de América*, Mary Pickford, bastante menos dotado que ella para el cine y cuando contaba ya 21 añitos, por lo que hubo de ser rejuvenecido a base de maquillaje y otras artemañas.

El éxito obtenido por aquella versión, atenta sólo a los aspectos más superficiales y vistosos del relato original, desencadenó una primera ola

de secuelas: al año siguiente, el mismo director y los mismos intérpretes repitieron con *Huck y Tom, las nuevas aventuras de Tom Sawyer*, y Desmond Taylor reincidiría aún en 1920, con un *Huckleberry Finn* interpretado por Lewis Sargent y Gordon Griffith.

La aparición del cine sonoro, a finales de los años 20, fue el detonante de la segunda oleada de adaptaciones: John Cromwell dirigió en 1930 un *Tom Sawyer* con el que el actor Jackie Coogan —muy popular por su interpretación de *El chico*, de Charles Chaplin, en 1921— volvía a la pantalla tras varios años de ausencia, para compartir honores estelares con Junior Durkin, en el papel de Huck. Un año después, Norman Taurog dirigía a los mismos actores en *Huckleberry Finn*, y, ya en 1938, a Tommy Kelly como Tom, y a Jackie Moran como Huck, en una de las versiones más ce-



Fotograma de *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1939) protagonizada por Mickey Rooney.

lebradas, nuevamente titulada *Las aventuras de Tom Sawyer*. En el mismo año, la productora Paramount pondría en circulación un *Tom Sawyer detective*, de Louis King, con Donald O'Connor y Billy Cook en los papeles principales.

Quizá convenga detenerse brevemente en la versión dirigida por Taurog en 1938, porque ilustra a la perfección el sistema de trabajo de la industria de Hollywood en aquellas fechas: la película fue producida por el gran magnate David O. Selznick, convencido de que el texto de Twain era lo más parecido que se podía hacer, a partir de la literatura americana, al *David Copperfield* de Charles Dickens, cuya reciente adaptación a la pantalla, dirigida por Georges Cukor, le había proporcionado excelentes resultados. Pero una productora rival le había pisado los derechos, con la versión de Cromwell, vigente hasta 1938. Además, los herederos del escritor habían registrado el nombre artístico de éste, de manera que nadie podía utilizarlo sin pagar previamente, y otra empresa había comprado también esos derechos para hacer un *Tom Sawyer detective* rápido y barato...

Empeñado en el proyecto, Selznick abonó sin rechistar una importante suma de dólares y quiso que dirigieran su nueva versión nombres como King Vidor, William Wyler o William Wellman. Pero, dominador como nadie de las técnicas publicitarias de dudosa limpieza, quiso también que el protagonista de su Sawyer fuese un niño salido directamente de un hospicio —«para ir calentando el corazón de los futuros espectadores», según sus palabras— y la búsqueda, convenientemente publicitada a su vez, duró varios meses, hasta que se eligió a Tommy Kelly, hijo de un bombero del Bronx que a la sazón estaba en el paro...

Ya con su protagonista, Selznick encargó el rodaje a Henry C. Potter, en blanco y negro y con localizaciones en un rancho de Sacramento. A



El cantante y actor Bing Crosby en *Un yanqui en la corte del rey Arturo* (1949) de Tay Garnett.

las dos semanas, quedó libre un equipo de cámaras adecuado para rodar en Technicolor, y el productor decidió empezar de nuevo, esta vez con Norman Taurog y después de repintar convenientemente los decorados previstos. Al final, el citado George Cukor tuvo que repetir tomas durante dos semanas complementarias...

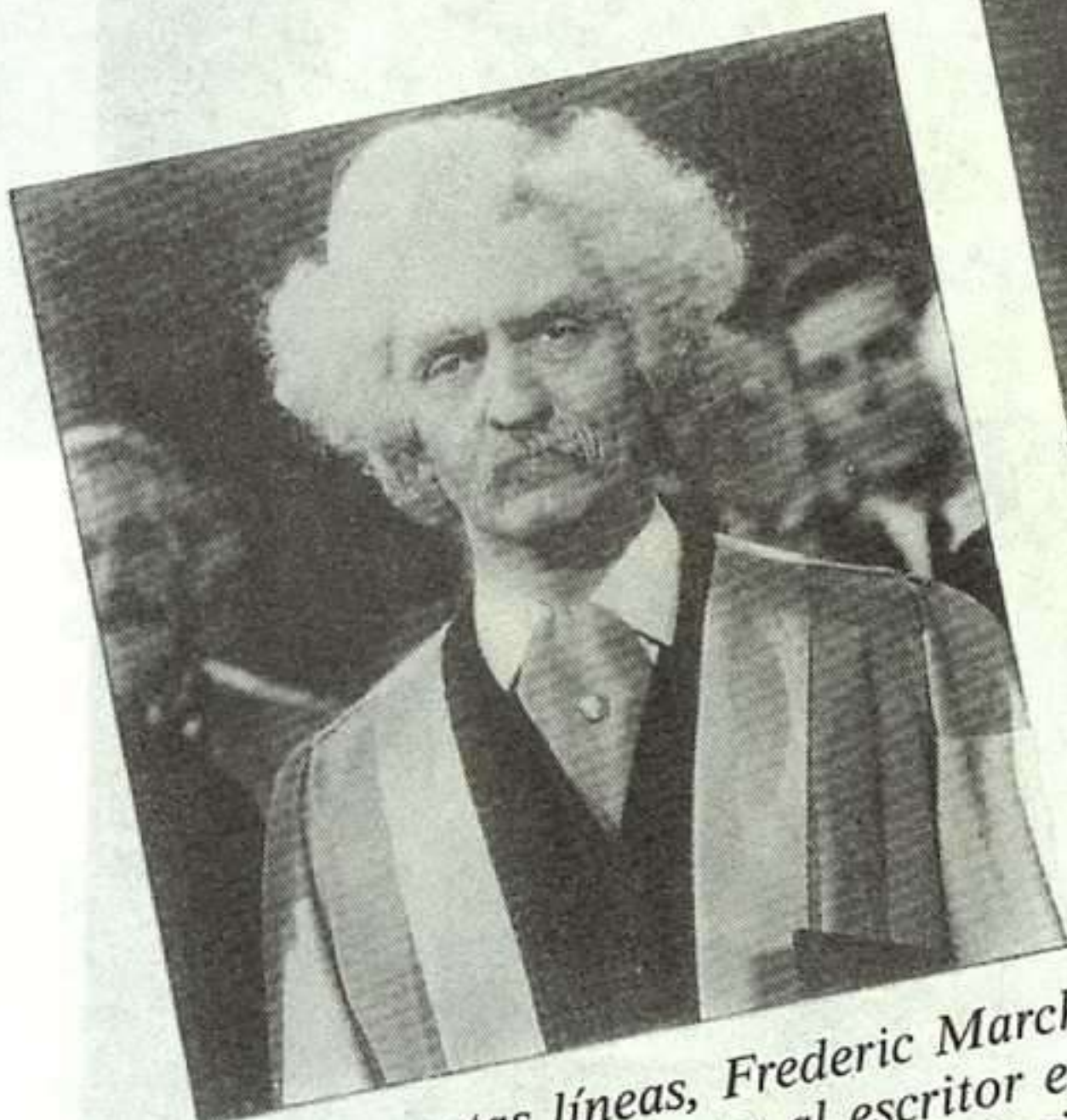
Después de tantos quebraderos de cabeza, y de gastar más de un millón y medio de dólares de la época, *Las*

tomas del Misisipí desechadas en el montaje de *Las aventuras de Tom Sawyer*.

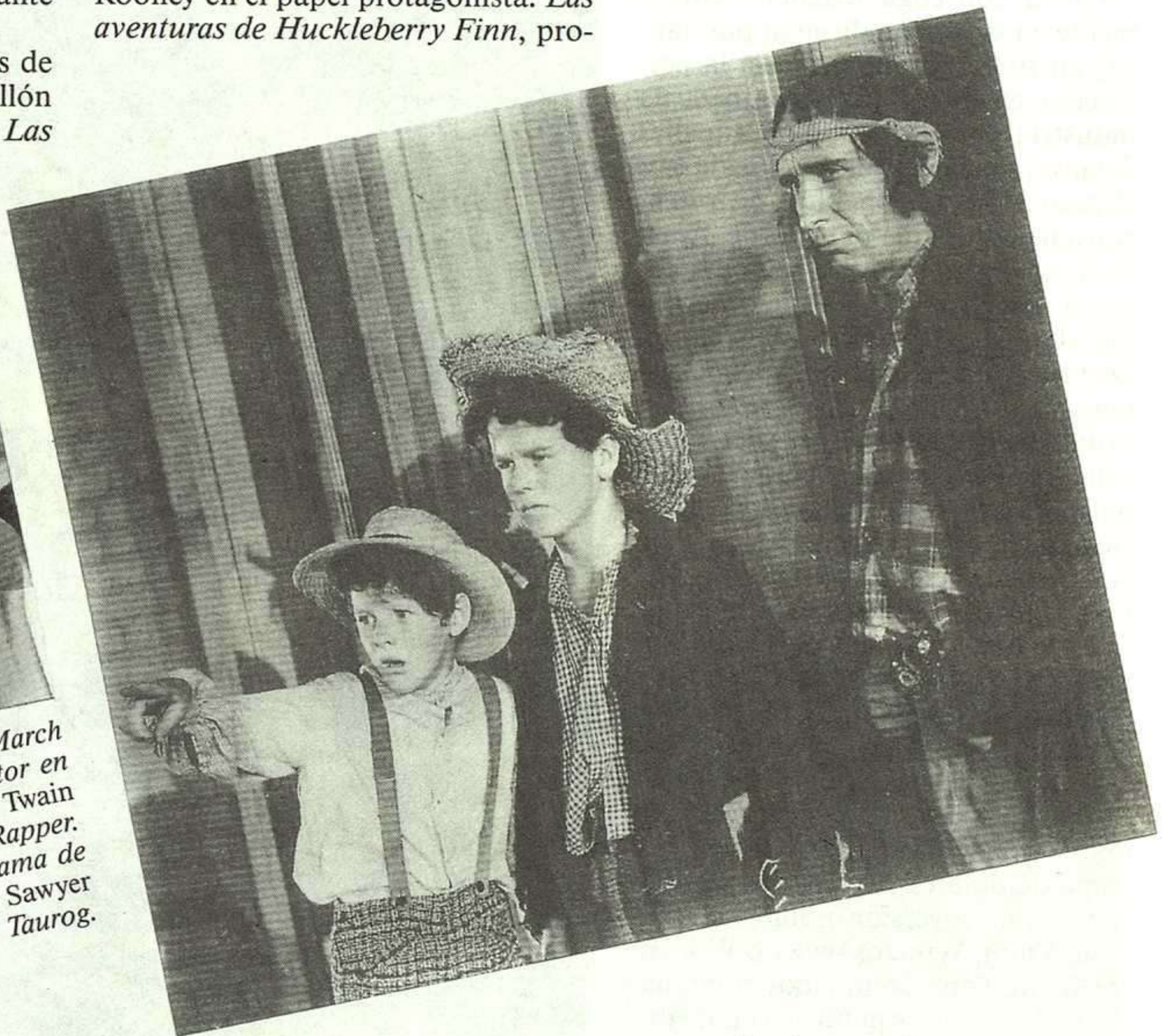
Así las cosas, la adaptación que iba a convertirse en clásica sería sin duda la dirigida por otro especialista, Richard Thorpe, en 1939, con Mickey Rooney en el papel protagonista: *Las aventuras de Huckleberry Finn*, pro-

Últimas adaptaciones

Los años dejarían caer un manto de relativo silencio sobre los dos golfillos del Misisipí, hasta que en 1960, con motivo del 75 aniversario de la publicación del libro original, otro direc-



Sobre estas líneas, Frederic March interpreta al escritor en *Las aventuras de Mark Twain* (1944), dirigida por Irving Rapper. A la derecha, fotograma de *Las aventuras de Tom Sawyer* (1938) de Norman Taurog.



aventuras de Tom Sawyer no obtuvo el éxito que su productor había previsto, y Selznick decidió abandonar sus veleidades con el cine *para niños*, lanzándose de cabeza a otra producción aún más accidentada: la de *Lo que el viento se llevó*, en la que, curiosamente, se utilizaron algunos descartes del fracasado *Tom Sawyer*: el barco de vapor en el que Rhett Butler y Escarlata O'Hara viajan hasta Nueva Orleans sería, de hecho, una maqueta sobrepresionada a algunas

ducida para la Metro-Goldwyn-Mayer por Joseph Leo Mankiewicz. Un Mickey Rooney, por cierto, al que todavía se ha podido ver este mismo año, haciendo de anciano-bebé en la película española *La vida láctea*, de Juan Estelrich, y que en su papel adolescente de Huck estaba afortunadamente lejos de la gesticulación espantosa y la insoportable *gracia* americana de las que haría gala en sus largas décadas de estrellato en el cine de Hollywood.

tor que llegó a ser célebre por su trabajo en *Casablanca*, Michel Curtiz, volviera a la carga, con Eddie Hodges en el papel de Huck y Archie Moore en el de Jim, en unas nuevas *Aventuras de Huckleberry Finn*, donde aparecían también, como secundarios de lujo, rostros tan conocidos como los de Buster Keaton o John Carradine. Siguiendo un procedimiento habitual desde los orígenes del sonoro, la versión incluía también varias canciones, en este caso firmadas por Alan Jay Lerner y Burton Lane.

En la misma línea comercial, con-



El actor Jeff East protagonizó *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1974) dirigida por Arthur P. Jacob.

sistente en integrar números musicales en argumentos *para niños*, Don Taylor dirigió en 1973 una nueva versión, con canciones de Robert Sherman, protagonizada por Johnny Whi-

taker como Tom, y Jeff East como Huck, y en la que aparecía tres años antes de su consagración en *Taxi Driver*, de Martin Scorsese, una angelical Jodie Foster en el papel de Becky

Thatcher, rodeada también de actores invitados, como Warren Oates o Celeste Holm. Y en 1974, J. Lee Thompson llevó el carácter musical hasta sus últimas consecuencias, dirigiendo

Huckleberry Finn con el mismo compositor y protagonista, más el actor Paul Winfield en el papel del negro Jim.

Naturalmente, estas versiones más recientes son las que todavía se conservan en la memoria de los espectadores, aunque la verdad es que, con todas esas modificaciones y añadidos, los productos resultantes apenas tienen nada que ver con lo que imaginara Mark Twain... Pero estamos ya en la era de la televisión, se multiplican las series, los telefilmes baratos, las reducciones para dibujos animados, y hasta los japoneses, con sus potentes ordenadores tan especializados en diseño gráfico como torpes en expresividad, han entrado a saco en la anécdota de los textos de Twain...

Twain, un filón inagotable

Por la otra banda, la que hemos dado en llamar *reconstrucción histórica*, *El príncipe y el mendigo* iba a alcanzar un auténtico récord en materia de versiones cinematográficas. Si hemos de creer a las enciclopedias, la primera de ellas habría tenido lugar en 1909 —antes, por tanto, de la muerte de su autor—, seguida muy pronto por otras producidas en 1915, 1920, 1922 y 1923... Pero la más famosa sería la protagonizada por Errol Flynn, en 1937, bajo la dirección de William Keighley y con la curiosidad de que el doble papel del rey Eduardo VI y Tom fue interpretado por dos actores gemelos: Billy y Bobby Mauch... Tras nuevas adaptaciones, en 1943, 1962, 1966, 1968 y 1972, ese

mismo papel doble sería interpretado por el joven Mark Lester —la estrella lanzada en *Oliver*—, dirigido por el incombustible Richard Fleischer y acompañado por un reparto impresionante: Oliver Reed, Rachel Welch, Ernest Borgnine, George C. Scott, Rex Harrison y Charlton Heston. Todos ellos bajo la batuta productora de los hermanos Alexander e Ilya Salkind, los mismos que en 1992 se harían cargo del peor de los *Colones* conmemorativos del Quinto Centenario, y con el mismo espíritu iletrado con el que por aquellos años saquearon repetidamente *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas.

En cuanto a *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, título español, en el que tradicionalmente ha desaparecido la referencia a Connecticut del ori-



Michael Curtiz dirigió en 1960 una nueva versión de *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

Horas de Recreo.



*Con los textos más sugerentes
y apasionantes, con los temas más fantásticos.
Con los libros de Alfaguara infantil y juvenil,
en cualquier lugar y a cualquier hora,
leer es el mejor recreo.*



LO QUE TE GUSTA LEER.

1949, dirigida por Jay Garner, con
inevitable adaptación musical en
La Paramount produjo también la
na Morgan y Aisland.
y Maren O'Sullivan, en los de la re-
rey y dos estrellas como Myra Loy
viejo experto en cowboys — en el del
pel central, William Fugate — otro
lica sonora, con Will Rogers en el pa-
licer dirigido una versión cinematogr-
1927. Cuatro años después, David Bu-
musical de gran éxito en Broadway cu-
to. En ella se inspira un espectáculo
Zandy — y Charles Clary como Ant-
pel de Aisland — protagonizada en
protagonista, Patricia Richardson en
mel J. Pilon, con Henry Morgan, en
de data de 1927. La adaptación por



Charlton Heston encarnó al rey Enrique VIII en *El príncipe y el mendigo* (1977) de Richard Fleischer.

ginal, la primera adaptación conocida data de 1921. Fue dirigida por Emmet J. Flynn, con Harry Meyers como protagonista, Pauline Starke en el papel de Alisande —americanizada en *Sandy*— y Charles Clary como Arturo. En ella se inspiró un espectáculo musical de gran éxito en Broadway en 1927. Cuatro años después, David Butler dirigió una versión cinematográfica sonora, con Will Rogers en el papel central, William Farnum —otro viejo experto en *cowboys*— en el del rey, y dos estrellas como Myrna Loy y Maureen O'Sullivan, en los de la reina Morgana y Alisande.

La Paramount produjo también la inevitable adaptación musical en 1949, dirigida por Tay Garnett, con

Bing Crosby como protagonista, flanqueado por William Bendix y Sir Cedric Hardwicke en el papel del rey, junto a Rhonda Fleming en el de Alisande. Y la fábrica Disney dio otra vuelta de tuerca en 1979, bajo la dirección de Russ Mayberry, con Kenneth Moore como Arturo y Demis Dugan convertido en... técnico de ordenadores que aterriza en Camelot a bordo de una nave espacial más veloz que la luz, en *Un cosmonauta en la corte del rey Arturo*...

Y es que, como apuntábamos al principio, el viaje a través del tiempo, ideado por Mark Twain durante una de sus estancias en Inglaterra como procedimiento para poner en solfa la mitología caballeresca y toda la para-

fernalia seudomedieval, venía como anillo al dedo a un cine apasionado, desde Méliès, por explotar las posibilidades imaginativas del anacronismo. Así, cabría recordar que, desde los interminables *Regreso al futuro*, hasta una burda bufonada francesa tan reciente como *Los visitantes*, de Jean-Marie Poiré, han bebido con insistencia en un filón del que el novelista satírico americano había conseguido extraer aguas de más calidad...

Redondeando este somero recorrido por la filmografía basada en textos de Mark Twain —cuyo resumen más evidente sería que ni la *corte de celuloide* hollywoodiense, ni los ensayos dispersos realizados en Francia, la antigua Unión Soviética o la mismísima Rumanía, han hecho justicia a su espíritu de yanqui ilustrado, mordaz y moderadamente inconformista—, habría que citar que la figura misma del autor fue también objeto de una película, titulada, como no podía ser de otra manera, *Las aventuras de Mark Twain*, producida por la Warner Bros en 1944, dirigida por Irving Rapper y con Frederic March en el papel del escritor: un *biopic* respetuoso y más bien irrelevante que añadía poco a las apariciones episódicas del mismo personaje en otras adaptaciones de obras suyas, como *El billete de un millón de libras*, de 1954, o algunas de las de la época muda, ya aludidas.

Utilizado con profusión, Mark Twain, que nació antes del cine y murió después de su eclosión como espectáculo, no parece haber encontrado en él el medio más adecuado para materializar sus imaginaciones. Y los últimos intentos dan a entender que, salvo genialidad inesperada de sus adaptadores, las situaciones y los ambientes que supo recrear con las palabras, resultan inevitablemente *pasados de moda* cuando se trasladan al lenguaje de la imagen. ■

* Juan Antonio Pérez Millán es crítico de cine y coordinador de la Filmoteca de Castilla y León.